

# *El puñal del godo*

José Zorrilla

Drama en un acto

Aprobado para su representación por la Junta de Censura de los Teatros del Reino en 30 de Junio de 1849

## Personajes

DON RODRIGO.  
EL CONDE DON JULIÁN.  
THEUDIA, *noble godo*.  
ROMANO, *monje eremita*.

*La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo, en Portugal, la noche del día 9 de Septiembre de 719.*

A mi buen amigo D. Tomás Rodríguez Rubí

A tí, que sabes de la historia y origen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque, escudado con tu nombre, serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas, pues, a su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

José Zorrilla

Madrid, 20 de Diciembre de 1842.

## Acto único

*Interior de la cabaña ó ermita del MONJE ROMANO, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pie hay dos asientos. Á la derecha una pequeña hoguera, colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitación que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.*

### ESCENA I

EL MONJE ROMANO, á la lumbre.

ERMITAÑO

¡Qué tormenta nos amaga!  
¡Qué noche, válgame el cielo!  
Y esta lumbre se me apaga...  
¡Si está lloviznando hielo!  
¡Cuán grande á Dios se concibe  
en aquesta soledad!  
¿De quién sino de *Él* recibe  
su aliento la tempestad?  
¿Cuyo es el terrible acento  
y el fulgor que centellea  
cuando zumba airado el viento  
y el cenit relampaguea?  
¿Quién peñas y árboles hiende  
con la centella veloz,  
como segador que tiende  
las espigas con su hoz?  
¿Quién sino Dios, que se asienta  
sobre las nubes sereno  
cuando en las nubes revienta  
el fragor del ronco trueno?  
Señor, que de las alturas  
de tu omnipotencia ves  
á las pobres criaturas  
que se arrastran á tus pies,  
detén, Dios bueno, tus iras,  
detén tu justo furor,  
si justa saña respiras  
contra la obra de tu amor.  
Pudiste en un punto hacerla,  
Y tu inmensa potestad  
puede en otro deshacerla  
si tal es tu voluntad;  
mas considera, Dios mío,  
que vas á igualar así

al que se te aparta impío  
y al que se postra ante ti.

*(Un momento de pausa.)*

Mas tanto tardar me extraña,  
y estoy temiendo por él...  
¿Por qué deja la cabaña  
en una tarde tan cruel?  
¡Válgame la Virgen Santa!  
Si á espesar la lluvia empieza,  
¿cómo con segura planta  
podrá subir la aspereza  
de esa desigual garganta  
por do la senda endereza?  
¡Infeliz! ¡Cuánto en el mundo  
lleva sin duda sufrido;  
cuánto es su dolor profundo,  
y cuánto está arrepentido!  
Mas siento pasos... Parece

*(Abre y dice afuera.)*

que llega ya. Entrad ligero,  
que la tempestad acrece.

ESCENA II

EL MONJE y THEUDIA *embozado.*

THEUDIA                   Gracias.

ERMITAÑO                   Mas ¿quién se guarece  
de esta choza?

THEUDIA                   Un caballero.

*(Entra THEUDIA y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)*

Sorprendido os hais quedado.

¿Qué es lo que tenéis, buen hombre?

ERMITAÑO                   Y ¿no queréis que me asombre  
de que hayáis aquí llegado?

THEUDIA                   En verdad que es aprensión  
tener, como una cigüeña,  
en la punta de esta peña  
un hombre su habitación.

ERMITAÑO                   Mis votos me retrajeron  
á esta triste soledad.

THEUDIA.                   ¡Monje sois! ¡Oh, perdonad  
mis palabras si os pudieron  
ofender!

ERMITAÑO                   No, en modo alguno.  
Acogíme á esta montaña  
sin creer que gente extraña  
me hallara en tiempo ninguno.

THEUDIA  
ERMITAÑO

Si os estorbo...  
*(Interrumpiéndole)*

THEUDIA

Aparte Dios  
tal pensamiento de mí.  
Contento os tendré yo aquí  
como estéis contento vos.  
Yo estaré siempre contento,  
que mil noches he pasado  
peor acondicionado  
en mitad del campamento.

ERMITAÑO  
THEUDIA

¿Soldado sois?

ERMITAÑO  
THEUDIA

Helo sido,  
porque salí de mi tierra.  
¿Os cansaba ya la guerra?  
No; pero nos han vencido,  
merced á infames traidores,  
y evito la suerte, huyendo  
de vivir esclavo siendo  
de mis fieros vencedores.

ERMITAÑO  
THEUDIA

Mas huir...  
Téngase, anciano:  
contra ellos se alzó bandera,  
y yo voy adondequiera  
que la defienda un cristiano.  
Pero fatigado estoy;  
¿tenéis algo que cenar?  
Fruta seca os puedo dar;  
no os regalo.

THEUDIA

Sobrio soy.

*(El ERMITAÑO le pone delante algunas frutas y una vasija con agua; THEUDIA come y bebe.)*

ERMITAÑO

Ea, pues, tomad, sentaos.  
Dadme la capa, os la cuelgo.

THEUDIA

Que así me tratéis me huelgo;  
mas yo...

ERMITAÑO

No; vos calentaos,  
que bien lo necesitáis.

THEUDIA

Buen viejo, ¡por Dios que sí!

*(El ERMITAÑO mira á la parte de afuera teniendo abierta la puerta.)*

ERMITAÑO

Pero ¿qué hacéis ¡pese á mí!  
que esa puerta no cerráis?  
¿No veis que empieza á llover,  
y el aire no hay quien resista?  
Eso es lo que me contrista.

THEUDIA  
ERMITAÑO

Pues ¿qué nos da que temer?  
Nada; por un compañero  
siento, en verdad, pesadumbre.

THEUDIA  
ERMITAÑO

¿Fuera está?

THEUDIA

Sí.

ERMITAÑO

Ya costumbre  
tendrá en ese ruin sendero.  
¡Ay, infeliz! No lo sé.  
Dios en sus pies ponga tino.  
Pues ¿no conoce el camino?

THEUDIA  
ERMITAÑO

No siempre.

THEUDIA  
ERMITAÑO

Torpe es, á fe.  
Hablad de él con más respeto,  
que aunque es hoy bien desdichado,  
hombre es que no fué criado  
de invectivas para objeto.  
Perdonad.

THEUDIA  
ERMITAÑO

De ello no hablemos;  
sabadlo, que no es de más.

THEUDIA

Si es que me juzgáis quizás  
útil, descender podemos  
á ayudarle.

ERMITAÑO

No es preciso,  
que todo el auxilio humano  
le fuera ofrecido en vano;  
mas estamos sobre aviso.

*(Va á la puerta otra vez)*

THEUDIA

*(Aparte.)*  
¡Si equivocado me habré  
y á caer habré venido  
en la cueva de un bandido!  
*(Veamos.)* ¿Buen viejo?

ERMITAÑO

*(Volviendo á la escena.)*  
¿Qué?

THEUDIA

Yo, como soldado, soy  
algo hablador y curioso.  
Decidme, pues, si enojoso  
con mis preguntas no estoy:  
puesto que es un compañero  
ese hombre á quien aguardáis,  
¿por qué recelando estáis  
que no dé con el sendero?

ERMITAÑO

Porque es capaz por sí mismo,  
si su demencia le apura,  
de abrirse la sepultura  
en el fondo de ese abismo.

THEUDIA  
ERMITAÑO

¡Jesús! ¿La mente le falta?  
De lo pasado el recuerdo  
le pone tan sin acuerdo,  
que algunas veces le asalta  
una fiebre tan cruel,  
un delirio tan insano,  
que no hallo remedio humano  
que pueda acabar con él.  
Y aunque, ó engañado estoy,  
ó ningún acceso extraño  
le ha acometido hace un año,  
me temo que le dé hoy.

THEUDIA  
ERMITAÑO

Y ¿sabe de él la razón?  
Guarda un silencio profundo  
de lo que le hizo en el mundo  
tan íntima sensación.

THEUDIA

Picáis mi curiosidad;  
de historia debe ser hombre.

ERMITAÑO

Me ha callado hasta su nombre.

THEUDIA

Padre, ¿os burláis?

ERMITAÑO

No, en verdad:

cinco años hace que vino  
á demandarme asistencia  
en una grave dolencia,  
y estuvo á morir vecino.  
Mas sanó al fin, y tornar  
no quiso al mundo otra vez,  
viviendo en esta estrechez  
con una vida ejemplar.  
¡Oh! Si él su perdón no alcanza  
con vida tan penitente;  
no sé quién sea el viviente  
que de ello tenga esperanza.

THEUDIA.  
ERMITAÑO

Mas ¿no decís que está loco?  
Dejóle su enfermedad  
extrema debilidad  
que hirió su cerebro un poco.  
Y cuando en algún acceso  
el desdichado no entra,  
es un hombre en quien se encuentra  
mucho valor, mucho seso;  
mas cuando el mal le acomete,  
¡oh! entonces es extremado.

THEUDIA  
ERMITAÑO

Pero ¿nunca os ha contado?...  
Jamás; y si se le mete  
conversación de su historia,

según que tiembla y se espanta,  
parece que se levanta  
un espectro en su memoria.

THEUDIA. ¡Es bravo caso, á fe mía,  
y que atención me merece!  
Y ¿en qué da cuando enloquece?

ERMITAÑO En una horrible manía.  
Tiene consigo una daga  
que jamás del cinto quita,  
y dice que está maldita  
y que á su existencia amaga.  
Y en su demencia al entrar,  
exclama con gran pavor:  
«Con ese puñal traidor,  
con ése, me ha de matar.»

THEUDIA ¡Raro es, por Dios! Y ¿conviene  
con período ó día alguno  
fijo su mal?

ERMITAÑO Hoy es uno;  
el más terrible que tiene.

THEUDIA ¡Hoy!

ERMITAÑO Por eso es mi recelo  
mayor.

THEUDIA ¿Sabéis si ese hombre es  
de esta tierra?

ERMITAÑO ¿Portugués?

THEUDIA Creo que no.

THEUDIA ¡Por el cielo,  
que á ser español, podría  
su demencia comprender!

ERMITAÑO Pero ¿qué tiene que ver  
ese mal con este día?

THEUDIA ¡Hoy es un día de hiel,  
de luto, baldón y saña  
para la infeliz España!  
Y ¡ay de quien fué causa de él!  
Mas hablemos de otra cosa.  
¿Vos sois portugués?

ERMITAÑO Sí soy,  
mas hace once años que estoy  
morando aquí.

THEUDIA Y ¿no os acosa  
el deseo de saber  
lo que por el mundo pasa?

ERMITAÑO Díome el dolor tan sin tasa  
y con tal tasa el placer

ese mundo que mentáis,  
que los días de mis años  
conté en él por desengaños,  
y huyo de él.

THEUDIA Y lo acertáis.

ERMITAÑO Mas callad... Oigo rumor  
en la maleza. ¿Quién va?

RODRIGO (*Dentro.*)

Yo, hermano.

THEUDIA ¿Es él?

ERMITAÑO Aquí está.

### ESCENA III

*EL ERMITAÑO, THEUDIA y D. RODRIGO, envuelto en una especie de clámide larga y entrando distraído, como meditando.*

ERMITAÑO (*Á DON RODRIGO.*)

Me habíais puesto en temor.

RODRIGO Gracias.

ERMITAÑO ¿Os perdisteis?

RODRIGO No.

ERMITAÑO ¿Visteis el nublado?

RODRIGO Sí.

ERMITAÑO Y ¿dónde ibais?

RODRIGO ¡Qué sé yo!

ERMITAÑO Traeréis frío.

RODRIGO Así así.

ERMITAÑO Calentaos, pues.

RODRIGO Sí haré.

*(Al acercarse al fuego ve á THEUDIA, que escucha vuelto de espaldas á ellos.)*

*(Aparte al ERMITAÑO.)*

Pero ¿quién con vos está?

ERMITAÑO Un viajero que poco ha  
llegó aquí.

RODRIGO ¿Quién es?

ERMITAÑO No sé.

RODRIGO No os fiéis de ningún hombre;  
la doblez y la traición  
abriga en el corazón  
el de más prez y más nombre.

ERMITAÑO Mas ved...

RODRIGO Yo sé lo que digo:  
preguntadle el suyo á ése,  
y veré, mal que le pese,  
si es amigo ó enemigo.



ERMITAÑO De nosotros, ¿y por qué?  
 ¿Á quién jamás ofendimos?  
 RODRIGO Todos, padre, delinquimos:  
 ved de hablarle.  
 ERMITAÑO Sí que haré.  
 THEUDIA (*Aparte.*)  
 (No me gusta ese misterio  
 con que platican los dos.  
 Estaré alerta, ¡por Dios!  
 que puede ser lance serio.)  
 (DON RODRIGO *va hacia el fuego, y aparta á THEUDIA para poner  
 su banquillo.*)  
 RODRIGO (Á THEUDIA.)  
 Haceos, buen hombre, allá.  
 THEUDIA (Pues gasta gran cortesía.)  
 ERMITAÑO (*Aparte á THEUDIA.*)  
 (Quiere ese sitio, es manía.)  
 THEUDIA Bien hace; en su casa está.  
 (*Aparte.*)  
 (Mas ahora que bien le miro,  
 no es ésta la vez primera  
 que he visto esa faz severa...  
 ¡Gran Dios! ¡Qué idea!... ¡Eh, deliro!)  
 (*Un espacio de silencio.*)  
 ERMITAÑO (Á THEUDIA.)  
 Callado estáis.  
 THEUDIA ¡Qué queréis!  
 ¿De qué os tengo yo de hablar?  
 ERMITAÑO ¿Una historia no sabéis  
 que podernos relatar?  
 THEUDIA Sé tantas, que duraría  
 mi relato un año entero;  
 mas hoy mentarlas no quiero,  
 que es para mí aciago día.  
 RODRIGO (*Con viveza y aire sombrío.*)  
 También para mí lo es.  
 THEUDIA (*Idem.*)  
 Y para todo español  
 lo será mientras el sol  
 alumbre.  
 RODRIGO (*Agitado.*)  
 Decidme, pues.  
 ¿Con que hoy es un día aciago  
 para España?  
 THEUDIA ¡Sí, por Dios!  
 Qué, ¿no ha llegado hasta vos

ERMITAÑO                    la noticia de ese estrago?  
*(Queriendo interrumpirlo.)*  
 En este desierto hundidos...

RODRIGO                    *(Interrumpiéndole.)*  
 Dejadle, ¡pese á mi estrella!

*(Al ERMITAÑO.)*  
 Dejadle que me hable de ella,  
 aunque hiera mis oídos.

*(Á THEUDIA.)*  
 ¿Habéis en España estado?  
 Bajo su cielo he nacido.

THEUDIA                    ¡Ay! Nacer os ha cabido  
 RODRIGO                    en país bien desdichado.  
 ¿Qué pasa hoy en él?

THEUDIA                    ¿Qué pasa?  
 Presa es de gente salvaje,  
 á quien rinde vasallaje,  
 y que la asuela y la arrasa.  
 Por dar entrada en su pecho  
 á una venganza de amor,  
 ha abierto un Conde traidor  
 á los moros el Estrecho.

RODRIGO                    Obró bien villanamente,  
 sí: ¡tómele Dios en cuenta  
 á su Rey tan torpe afrenta,  
 tan gran traición á su gente!

THEUDIA                    Dicen que audaz le ultrajó  
 en su hija el rey don Rodrigo.

RODRIGO                    Mas si era el Rey su enemigo,  
 no lo era su reino, no.

THEUDIA                    Con moros hizo su flete,  
 y hoy hace años que en Jerez  
 se ahogó España de una vez  
 en el turbio Guadalete.

RODRIGO                    Sí, allí lo perdimos todo;  
 debajo de su corriente  
 yace vergonzosamente  
 la gloria del reino godo.  
 ¡Maldito quien fué concordia  
 con los árabes á hacer,  
 y maldita la mujer  
 ocasión de la discordia!

THEUDIA                    ¡Sabéis esa historia!

*(Creciendo el interés en ambos.)*  
 RODRIGO                    Sí;  
 y me prensa el corazón.

THEUDIA                            También á mí.  
RODRIGO                            Y con razón.  
THEUDIA                            Sí, que su víctima fuí.  
RODRIGO                            Yo también.  
THEUDIA                            ¿Sois vos de España?  
RODRIGO                            *(Reservándose de repente y con sequedad.)*  
No lo sé.  
THEUDIA                            *(Afanoso.)*  
    Vos...  
RODRIGO                            Basta ya.  
THEUDIA.                            No, que atenazando está  
    mi memoria idea extraña...  
    Yo en Guadalete me hallé.  
RODRIGO                            Conmigo.  
THEUDIA                            Con vos. ¡Dios mío!  
    Hundirse le vi en el río,  
    y á ayudarle me arrojé;  
    pero ya no le vi más.  
RODRIGO                            ¡Theudia!  
THEUDIA                            *(Queriendo arrodillarse.)*  
    ¡Señor!  
RODRIGO                            Alza, ¡necio!  
    Del mundo soy ya desprecio.  
THEUDIA                            Pero de Theudia, jamás.  
RODRIGO                            Padre, un escaso momento  
    dejadnos solos.  
ERMITAÑO                            *(Á THEUDIA.)*  
    ¡Por Dios,  
    no le excitéis mucho vos!  
THEUDIA                            Descuidad: de su contento  
    no son excesos extraños,  
    que somos amigos viejos,  
    y, de nuestra patria lejos,  
    nos vemos tras largos años.  
*(El ERMITAÑO entra en el interior de la cabaña por la*  
*izquierda.)*

ESCENA IV

DON RODRIGO y THEUDIA.

*(Llueve.)*

RODRIGO                            Háblame de mi España, Theudia amigo;  
    háblame de ella tú, que fuiste el solo  
    en quien traición tan fea no halló abrigo,  
    en quien tu pobre Rey no encontró dolo.  
    Dime, ¿conserva aún el pueblo hispano  
    recuerdo alguno de la antigua gloria?

¿Qué piensa del vencido Soberano?  
 Theudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?  
 THEUDIA No me lo preguntéis.  
 RODRIGO ¡Ah! Te comprendo:  
 me culpa sólo á mí.  
 THEUDIA Sois el vencido,  
 RODRIGO Desengaño es á un rey, duro y tremendo.  
 ¿Conque sólo me dan...  
 THEUDIA Mengua ú olvido.  
 Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.  
 Y ¿cómo os hallo aquí?  
 RODRIGO Triste es mi historia,  
 Theudia.  
 THEUDIA Y la mía.  
 RODRIGO Y yo, ¿cómo te hallo?  
 THEUDIA Huyendo de los moros.  
 RODRIGO ¿La victoria  
 llevan?  
 THEUDIA Ya es nuestro pueblo su vasallo.  
 RODRIGO ¡Tierra infeliz!  
 Sí, á fe. Toda la ocupan  
 esos infieles ya.  
 RODRIGO ¿Ya nada resta?  
 THEUDIA Un rincón en Asturias, do se agrupan  
 los que escaparon de la lid funesta.  
 RODRIGO Pero ¿podrán allí...  
 THEUDIA No pueden nada,  
 por más que, de ira y de venganza rayo,  
 levantó su pendón con alma osada  
 vuestro valiente primo don Pelayo.  
 RODRIGO ¿Y mis nobles con él?  
 THEUDIA No, no hay ninguno.  
 RODRIGO ¡Ninguno dices!  
 THEUDIA Perecieron todos  
 á manos de los moros uno á uno.  
 RODRIGO ¿Qué resta, pues, de los ilustres godos?  
 THEUDIA Vos y yo nada más; porque no cuento  
 al que con vil traición nos ha vendido.  
 RODRIGO ¿Aun vive don Julián?  
 THEUDIA Para escarmiento  
 de los que á sus contrarios han servido.  
 RODRIGO ¡Vive! Y ¿qué es ora de él?  
 THEUDIA En una torre  
 estuvo largo tiempo, mas con maña  
 huyó de allí... Su estrella le socorre.  
 RODRIGO Sí, sí; mi estrella, tan fatal á España.

THEUDIA  
 RODRIGO

¡Ay, bien mi corazón me lo decía:  
 su estrella marcha con la estrella mía!  
 ¿Qué es lo que habláis, señor?  
 Es mi secreto.  
 (No para ti, de mi amistad objeto.)  
 Es agüero fatal que á fin terrible  
 de mi existencia el término ha sujeto.  
 ¡Y en agüeros creéis! Es imposible.  
 Theudia, son los destinos celestiales  
 inmutables, y es justo su castigo  
 para los que han causado tantos males  
 en la tierra, cual yo.  
 Soñais os digo.  
 El noble osado que su suerte afronta,  
 hace cejar á su enemiga suerte,  
 ó halla tranquilidad segura y pronta  
 en el reposo de gloriosa muerte.  
 Eso es superstición.  
 Yo ya sabía  
 que el insensato mundo,  
 miedo ó superstición lo llamaría.  
 ¡Mas ¡ay! que es la verdad!  
 Y á ese villano...  
 El cielo, de los godos enemigo,  
 para que acabe al fin, guarda su mano,  
 con todos de una vez dando conmigo.  
 ¡Ay, si yo doy con él! En la frontera  
 le perdí.  
 ¿Le seguáis?  
 Desde el día  
 que vi frente á las nuestras su bandera,  
 vengar de ello juré á la patria mía.  
 Y de soldado suyo disfrazado,  
 de aventurero ya, ya de mendigo,  
 fuí su sombra doquier, doquier he estado  
 de él en acecho, y la traición conmigo.  
 Mas un poder oculto le defiende;  
 jamás en ocasión hallarme pude.  
 En vano, sí, tu lealtad pretende  
 que el cielo en ello vengador te ayude.  
 ¡Ay si me vuelvo á ver sobre su huella!  
 ¡Ay si algún día mi furor le alcanza!  
 No ha de valerle contra mí su estrella.  
 Será, como él, traidora mi venganza.  
 No, Theudia, es imposible... Inútil brío.  
 Oye, y ésta conserva en tu memoria,

página triste de mi triste historia.  
Al salir de las aguas de aquel río  
do me vistes caer sin la victoria,  
y en cuya agua se hundió cuanto fué mío,  
abandoné el caballo y la armadura,  
cambié con un pastor mi vestidura,  
y con todo el pesar del vencimiento  
despechado me entré por la espesura,  
cual de esperanzas ya, falto de aliento.  
¡Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido,  
de mi reino crucé por las llanuras,  
en hambre y soledad, como un bandido  
que huyendo de la ley camina á obscuras.  
Era la hora en que la luz se hundía  
tras las montañas, y la niebla densa  
por todo el ancho de la selva umbría  
iba tendiendo su cortina inmensa.  
Con el cansancio y el temor y el duelo,  
fiebre traidora me abrasaba ardiente,  
sin ver dónde acudir en aquel suelo  
en que nunca tal vez habitó gente.  
Cuanto con más esfuerzos avanzaba  
viendo si al llano por doquier salía,  
más la selva á mis pasos se cerraba,  
más en la negra oscuridad me hundía.  
Un vértigo infernal apoderóse  
de mi alma..., y sin luz y, sin camino,  
á mi exaltada mente presentóse  
toda la realidad de mi destino.  
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,  
en mi raza extinguido el reino godo,  
sin esperanza, sin honor, sin nombre,  
perdido, Theudia, para siempre todo.  
¡Cuán odioso me vi! Despavorido,  
á pedir empecé con grandes voces  
auxilio en el desierto; mas perdido  
fué mi acento en las ráfagas veloces  
á expirar en los senos del espacio...,  
y á impulso entonces del furor interno,  
maldiciendo mi estirpe y mi palacio,  
con sacrílega voz llamé al infierno.  
¡Cielos!

THEUDIA  
RODRIGO

Y él me acudió; sulfúrea lumbre,  
rauda encendió relámpago brillante,  
y en mi pecho siniestra incertidumbre.  
Sentí algo junto á mí; miré un instante,

y á la sulfúrea, luz, monje sombrío  
á mi lado pasó, y á su presencia  
tembló mi corazón, cedió mi brío.  
Pedíle amparo, mas fatal sentencia  
me fulminó, diciendo: «¡Vaya, impío,  
que el á quien deshonró tu incontinencia  
vendrá, de crimen y vergüenza lleno,  
con tu mismo puñal á hendir tu seno»  
Dijo, y por entre la niebla arrebatado  
huyó el fantasma y me dejó aterrado.  
Sueño vuestro, fantasma peregrino  
fué de la calentura abrasadora.

THEUDIA

RODRIGO

No, Theudia; voz de mi fatal destino.  
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,  
Theudia, no hay para mí paz ni reposo;  
doquiera el paso sin piedad me cierra  
ese espectro, á mi raza peligroso.  
¿Ves el puñal que cuelga á mi cintura?  
Con él me ha de matar, es mi destino;  
Theudia, no hay tierra para mí segura;  
ese hombre ha de bajar por mi camino.

THEUDIA

¡Y eso creéis!... Calládselo á la gente,  
y toleradme en paz esta franqueza.  
Mas vuestra vida austera y penitente  
amenguó de vuestra alma la grandeza,  
y amenguó la razón de vuestra mente.

RODRIGO

Tiene en mi corazón sacro prestigio,  
Theudia, te lo confieso, y me amedrenta  
aquella predicción y aquel prodigio.

THEUDIA

¡Prodigio lo llamáis! Y ¿no os afrenta  
tan vil superstición?

RODRIGO

Sea en buen hora,  
mas creo en ella; á ser fascinadora  
de la mente aprensión, desapareciera  
con el tiempo; el ayuno y el cilicio,  
arrancado á la mente se la hubiera.

THEUDIA

La arrancara mejor trompa guerrera  
y de la lid revuelta el ejercicio.  
Eso cumple mejor á vuestra raza;  
en vez de esta cabaña y ese sayo,  
la blanca tienda y la ferrada maza,  
y el bruto cordobés, hijo del rayo.  
Sí; mientras viva Theudia y por amigo  
queráis tenerle, con bizarro alarde  
os dirá, de la paz siempre enemigo,  
que el noble que no lidia es un cobarde.

RODRIGO  
THEUDIA

¡Traidor!

¡Hola! Vuestra alma se despierta  
á la voz del honor; así os quería:  
veo que aun vuestra sangre no está muerta  
y alienta el corazón con hidalguía.  
Escuchadme, señor, y ved despacio  
el peso y la razón de lo que os digo,  
que es mengua, sí, que quien nació en palacio  
aguarde con pavor á su enemigo.  
Perdido estáis, sin esperanza alguna;  
no hay para vos ni fuerza ni derecho;  
no hay para vos ni gente ni fortuna;  
el moro vuestro ejército ha deshecho,  
y atropelló á la cruz la media luna;  
mas hay un corazón en vuestro pecho  
que á vuestro antiguo honor cuentas demande,  
y un corazón de rey debe ser grande.  
Si á las manos morir es vuestro sino  
de ese Conde traidor que nos vendiera,  
la mitad evitadle del camino,  
tras él saliendo con audacia fiera.  
Provocad con valor vuestro destino;  
con él trabaos en la lid postrera,  
y arrostrad ese sino que os espanta,  
vuestro puñal hundiendo en su garganta.  
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas,  
mas os resta un amigo y un vasallo,  
y las lunas del mundo no son dueñas,  
ni es de la suerte irrevocable el fallo.  
Dejad, pues, el misterio de estas breñas;  
asíos de una lanza y un caballo,  
y con caballo y lanza, y yo escudero,  
si no podéis ser rey, sed caballero.  
Basta, Theudia; ese bélico lenguaje  
cumpló á los corazones bien nacidos,  
y en el mío despiertan el coraje  
de tus fieras palabras los sonidos.  
Sangre me pide mi sangriento ultraje,  
sangre mis tercios en Jerez vencidos,  
Theudia, tienes razón; de cualquier modo,  
morir me cumple cual monarca godo.  
Sí; ya á mi olfato y mis oídos siento  
que trae el aura que las riendas mece,  
el militar olor del campamento  
y el clamor de la lid que se embravece,  
y del clarín agudo el limpio acento

RODRIGO



que á los nobles caballos estremece;  
y esa guerrera y bárbara armonía,  
la prez me torna de la estirpe mía.  
Indigna es de un monarca y de un guerrero  
esta debilidad que me avergüenza;  
de mi superstición reirme quiero;  
no quiero, Theudia, que el pavor me venza.

THEUDIA Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo:  
buscar al Conde y perecer vengado,  
ó guareceros del pendón amigo  
y acabar con honor como soldado.

RODRIGO Cumple eso más al corazón que abrigo:  
Theudia, olvidémonos de lo pasado,  
y en la desgracia, de rencor ajenos,  
bajemos á la tumba de los buenos.  
Este arma vil que á mi existencia amaga,  
quédese aquí después de mi partida,  
*(Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.)*  
y quede en este tronco, con mi daga,  
enclavado el misterio de mi vida.  
¿Dices que ha levantado en la montaña  
pendón un noble, de venganza rayo?  
Pues bien: ¿qué hacemos en la tierra extraña?  
¡Lejos de mí mi penitente sayo!  
Vamos, Theudia, á lidiar por nuestra España  
y á triunfar ó caer con don Pelayo;  
no diga nunca el mundo venidero  
que ni supe ser rey, ni caballero.  
¡Ahora os conozco, vive Dios!

THEUDIA  
RODRIGO Mañana  
partiremos á Asturias.

:THEUDIA Franco paso  
nos dará el Portugal que nos dió asilo.

RODRIGO Hasta mañana, pues; duerme tranquilo.  
Duerme, Theudia.

THEUDIA ¡Señor, velando acaso  
vais a quedar mi sueño!

RODRIGO Desde ahora,  
no hay de los dos segundo ni primero.  
Señor...

THEUDIA  
RODRIGO Déjame solo hasta la aurora;  
pues no soy más que un pobre aventurero,  
seré, en vez de ta rey, tu compañero.

*(Vase THEUDIA al aposento contiguo de la izquierda.)*

ESCENA V

DON RODRIGO

Bien dice ese leal. Más vale al cabo  
caer en una lid por causa extraña,  
que, de servil superstición esclavo,  
llorar imbécil la perdida España.  
Saldré otra vez al agitado mundo  
con mi contraria suerte por herencia,  
velando en el misterio más profundo  
el secreto fatal de mi existencia.  
Nada soy, nada tengo, nada espero;  
encerrado desde hoy en mi armadura,  
seré en mi propia causa aventurero,  
sin esperar jamás prez ni ventura.  
Mas al caer lidiando en la campaña,  
al pueblo diga mi sangrienta huella:  
«Ved: si no supo defender á España,  
supo á lo menos sucumbir por ella.»  
Mas, ¡ay, triste de mí! Mi pueblo mismo,  
que me tiene en horror, con frío encono  
me verá descender hacia el abismo  
como me ha visto descender del trono.  
Sí; aplaudiendo tal vez mi sino adverso...  
Y todo es obra tuya, Conde infame;  
por ti desprecio soy del universo.  
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.

*(Viendo el puñal.)*

Mas, Dios Santo, ¡ahí estás! Húyeme, aparta,  
sueño fascinador, que esquivo en vano;  
nunca de sangre de los godos harta,  
esta daga fatal busca una mano.  
La de uno de ambos..., tigre vengativo,  
ser exterminador de mi familia;  
uno solo de entrambos quede vivo,  
veamos el infierno á quién auxilia,  
Mi razón, mi creencia, lo repele,  
mas nunca echar de mí puedo esta idea;  
ese día fatal ¡oh infierno! impele;  
tráenosla de una vez, y pronto sea.  
Vértigo horrible el corazón me acosa,  
sed de su sangre el corazón me irrita...  
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,  
ó ante mis ojos ven, sombra precita!

*(Ábrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el CONDE D. JULIÁN.)*

ESCENA VI

DON RODRIGO y EL CONDE

CONDE Gracias al diablo que llegué á la cumbre.  
 RODRIGO ¿Quién es? ¿Dó va? ¿Qué busca? ¿Quién le trae?  
 CONDE ¡Rápido preguntar! Mas si es costumbre,  
 oíd: Un hombre, á Portugal, y lumbre  
 para secarme del turbión que cae.  
 ¿Hay más que preguntar?  
 RODRIGO Mal humor gasta.  
 CONDE Lo mismo que pregunta le respondo.  
 ¿Tiene algo que cenar?  
 RODRIGO Nada.  
 CONDE Pues basta.  
 La cuestión, por mi parte, ha dado fondo.  
*(Se sienta con calma á la lumbre.)*  
 RODRIGO Desatento venís donde os alojan.  
 CONDE Pues sin brindarme vos yo me aparezco,  
 y esos nublados hasta aquí me arrojan,  
 ni vos me la ofrecéis, ni os la agradezco.  
 RODRIGO Me obliga, por mi fe, la cortesía,  
 mas no soy hombre que á sufrir me avenga  
 razones de tamaña altanería.  
 CONDE Tampoco yo, que despechado vengo  
 y harto estoy de la vida.  
 RODRIGO Y yo lo mismo.  
 CONDE Yo, tras la muerte con deseo insano,  
 debo partir mañana muy temprano.  
 RODRIGO Y yo también.  
 CONDE Y ¿adónde?  
 RODRIGO Á España  
 CONDE De ella  
 vengo.  
 RODRIGO ¿Sois de ella?  
 CONDE Por desdicha mía.  
 RODRIGO Cúpome á mí también tan mala estrella.  
 CONDE Que la mía peor nunca, sería.  
 RODRIGO Puede que sí.  
 CONDE Lo dudo.  
 RODRIGO Allí he perdido  
 cuanto amé.  
 CONDE Yo también.  
 RODRIGO Padres, hermanos...  
 CONDE Yo también.  
 RODRIGO Mis amigos me han vendido.  
 CONDE También á mí.  
 RODRIGO Fui mofa á los villanos.  
 CONDE También yo.  
 RODRIGO Y el honor de mis blasones

ultrajó un hombre vil.  
 CONDE Y otro los míos.  
 RODRIGO Yo he tenido que huir.  
 CONDE Como ladrones  
 nos desbandamos, sin poder ni bríos,  
 mis soldados y yo. Todos ingratos  
 me han sido á mí.  
 RODRIGO Y á mí todos traidores.  
 CONDE Nada espero.  
 RODRIGO Ni yo. Mas pienso á ratos  
 en venganzas horribles.  
 CONDE No mayores  
 que las mías serán.  
 RODRIGO ¡Oh! Sí; son tales,  
 que vértigos terribles me producen.  
 CONDE Los míos á la rabia son iguales.  
 RODRIGO Y los míos á España me conducen  
 nada más que á morir.  
 CONDE Y á mí lo mismo;  
 vengo á buscar un hombre á quien detesto,  
 y ante uno de los dos se abre el abismo.  
 RODRIGO Yo busco á otro hombre para mí funesto,  
 y guardo ese puñal de mi familia,  
 que del uno es el fin de todos modos.  
*(El CONDE lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores)*  
 CONDE ¿Es tuyo ese puñal?  
 RODRIGO Sí.  
 CONDE ¡Dios me auxilia!  
 Ese hierro es la muerte de los godos.  
 RODRIGO Godo soy.  
 CONDE Yo también, mas su enemigo.  
 RODRIGO ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?  
 CONDE ¡Tú eres el torpe Rey...  
 RODRIGO ¡Tú el vil cobarde...!  
 CONDE Yo el conde don Julián.  
 RODRIGO Yo don Rodrigo.  
*(Quedan un momento contemplándose.)*  
 CONDE Nos hallamos al fin.  
 RODRIGO Sí, nos hallamos;  
 y ambos á dos execración del mundo,  
 la última vez mirándonos estamos.  
 CONDE Eso apetece mi rencor profundo.  
 Mírame bien; sobre esta faz, Rodrigo,  
 echaron un baldón tus liviandades,  
 y el universo de él será testigo,  
 y tu torpeza horror de las edades.

RODRIGO Culpa fué de mi amor la culpa mía;  
de Florinda me abona la hermosura;  
mas ¿quién te abonará tu villanía?

CONDE De mi misma traición la desventura.  
Deshonrado por ti, perdílo todo;  
mas no saciaba mi venganza fiera  
tu afrenta nada más; menester era  
toda la afrenta del imperio godo.

RODRIGO ¡De un traidor como tú, fué digna hazaña!  
Cumplieras con tus viles intenciones  
yendo á matarme con silencio y maña,  
ó contra mí sacaras tus pendones  
y bebieras mi sangre en la campaña,  
mi corazón echando á tus legiones;  
mas no lograras con tan necio encono  
vender á España por hollar mi trono.

CONDE Todo lo ansiaba mi tremenda saña;  
no hartaba mis sangrientas intenciones  
beber tu sangre con silencio y maña  
o en contra tuya levantar pendones;  
dar quise tu lugar á stirpe extraña,  
y tu raza borrar de las naciones;  
eso quería mi sangriento encono:  
vender tu reino y derribar tu trono.

RODRIGO ¡Y lo lograste!

CONDE Sí; logré que, al cabo,  
el mundo á ambos á dos nos aborrezca:  
á ti, de torpes vicios por esclavo,  
y á mí por mi traición, nos escarnezca.

RODRIGO ¡Tanta maldad de comprender no acabo!

CONDE Hice más.

RODRIGO Imposible es ya que crezca  
tu infamia.

CONDE Escucha, pues, ¡oh rey Rodrigo!  
á cuánto llega mi rencor contigo.  
Yo solo quedo de mi raza: presa  
los demás de los moros, á pedradas  
fué muerta ante mis ojos la Condesa,  
y á la mar arrojados á lanzadas  
mis hijos, de Tarifa en la sorpresa;  
mas te traigo una nueva, que pagadas  
me deja todas las desdichas mías:  
¡supe, tiempo ha, que en Portugal vivías!  
¡Dios!

RODRIGO Por un monje que te halló en la selva.

CONDE (Con temor.)

RODRIGO

CONDE                    ¡Un monje!  
                              Sí, mi hermano, cuyos votos  
le impiden hoy que contra ti se vuelva,  
mas cuya astucia, para siempre rotos  
los anillos dejó de mis cadenas  
para seguir tus pasos noche y día,  
y para que la sangre de tus venas  
la mancha lave de la afrenta mía.

RODRIGO                Y ¿es cierto? Y ese monje, ¿era tu hermano?  
¿Era un hombre no más? ¡No era un fantasma!  
¿Nada había en su ser de sobrehumano?

CONDE                    ¡Que tal preguntes, en verdad me pasma!  
Él me salvó, y me dijo: «Vé á buscarle;  
mas antes de matarle,  
dile que su castísima Egilona  
con su amor ha comprado otra corona.»

RODRIGO                ¡Mi esposa!

CONDE                    Sí; Abdalasis te la quita,  
o, por mejor decir, vendiósele ella.  
Y bien la raza en que nació acredita,  
y de su esposo bien sigue la huella.

(*Con mofa*)

Una reina cristiana, favorita  
de un árabe... ¡Oh! ¡Nació con brava estrella!  
No penes, pues, por tan leal matrona,  
que esposo no la falta, ni corona.

RODRIGO                Basta, basta, traidor; la estirpe goda  
deshonrada por ti, por ti vendida,  
clama sedienta por tu sangre toda.

(*DON RODRIGO va á coger el puñal que está clavado en el poste, pero el CONDE DON JULIÁN se adelanta y lo toma. DON RODRIGO retrocede dos pasos con supersticioso temor*)

CONDE                    Con la tuya á la par sea vertida.  
El mismo cieno nuestro timbre enloda,  
la misma tumba nos dará cabida.

(*El CONDE se arroja sobre don RODRIGO, mas THEUDIA se presenta de repente entre los dos con el hacha de armas empuñada.*)

## ESCENA VII

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIÁN, THEUDIA y EL ERMITAÑO

THEUDIA                ¡Mientes! Aun queda quien su honor repare  
y del traidor al infeliz separe.

(*Da al CONDE un golpe mortal, y cae.*)

RODRIGO                ¡Theudia!

THEUDIA                Señor, cumplí conmigo mismo,

RODRIGO                   que al vengaros, a vos vengué á la España.  
                                  ¡Gracias, Theudia! Hoy me arranca tu heroísmo  
                                  mi ruin superstición, á un noble extraña.  
                                  Sí, mi pavor con él baje al abismo;  
                                  partamos con Pelayo á la montaña  
                                  y logremos, ¡oh Theudia! por lo menos,  
                                  morir en nuestra patria como buenos.

(A/ ERMITAÑO.)

                                  ¡Padre, dad á ese tronco sepultura  
                                  donde repose en paz; mi justo encono  
                                  no pasa, no, de su mansión obscura,  
                                  aunque el honor de España esté en mi abono  
                                  Yo vuelvo al campo, á la pelea dura,  
                                  y aunque muera sin huestes y sin trono,  
                                  siempre ha de ser, para quien muere honrado,  
                                  tumba de rey la fosa del soldado.

(*Vase con THEUDIA y cae el telón*)